

Juana, así que estuvo sola, se dió cuenta del peligro real que casi inconscientemente habia corrido. Entónces comprendió que algunos días, quizá sólo algunas horas ántes, hubiera podido llegar á ser, sin amor, sin amistad, sin excusa, sólo por abandono de sí misma, sólo por abatimiento moral, la víctima inerte y estúpida de un necio libertino. Sintió cuán cerca habia estado de ese abismo de miseria, y cuán lejos estaba ya. Comprendió que las lágrimas que acababa de verter eran lágrimas de dicha. Sintió en el fondo de su alma una especie de transporte, separó de su frente con ambas manos la masa espesa de sus cabellos, y murmuró:

—¡ Estoy salvada!

## VII.

Casi consideramos inútil decir á nuestros lectores, y sobre todo á nuestras lectoras, que desde aquella noche, y sin más explicacion, se estableció un trato frecuente y cada vez más íntimo entre Juana de Maurescamp y Santiago de Lerne.

Juana entró en una nueva fase de su vida, y esta fase le pareció deliciosa. Sentíase renacer; encontraba de nuevo las ilusiones, las creencias, los entusiasmos de sus primeros años; volvía á encontrar sus alas. Nada podía desear tan dulce como aquel sentimiento que la unia ya para siempre á M. de Lerne, y que tanta semejanza tenía con sus más encantadores sueños. Sus dos almas se tocaban en cierto modo, por puntos tan delicados y tan sensibles, que quedaban como imantadas. Bien pronto fué evidente para ella que Santiago, como

á ella misma la pasaba, no contaba en su vida más que las horas en que estaban juntos. Comprendíalo en la expresion repentina de su semblante, que parecia iluminarse en cuanto la veia; en la tierna emocion de su voz, en la presion suave y delicada de su mano. Veia que él buscaba tanto como le era posible, sin comprometerla, las ocasiones de acercarse á ella; y le agradecia igualmente su interes y sus escrúpulos. Notaba que los gustos del jóven habian cambiado, haciéndose más sociable para complacerla, y sobre todo, para verla más á menudo. Sentíase dichosa y agradecida de todo esto que observaba, y más aún de su lenguaje y su respeto hácia ella. Jamas salió de sus labios una necia galantería; pero en cambio, cuando se dirigia á ella, usaba un tono de absoluta confianza, y mostraba deseo de elevar la conversacion, como para darle á comprender, sin decírselo, que no podia hablarle de cosas vulgares como á todo el mundo, porque ella era superior al mun-

do entero y superior á todas las cosas.

Juana supo un dia que él habia roto sus relaciones con Lucy Mary. Esta noticia, á la vez, la llenó de encanto y de turbacion. Preguntóse si este sacrificio, que indudablemente se hacia por ella, no la empeñaba demasiado para con Santiago. Se echó en cara que aceptaba toda su vida, cuando ella no podia darle en cambio toda la suya. Para tranquilizar su conciencia, la jóven resolvió, por un esfuerzo heroico, inducirle sériamente al matrimonio, empleando con sinceridad todo su prestigio para conseguirlo. Ella le recordó que habia aceptado la mision de casarle, y que era para ella una cuestion de honor el conseguirlo.

—Ademas—añadió la jóven—recuerdo que cierta noche me expusisteis una teoría del matrimonio, que realmente me pareció edificante; y sería, en verdad, muy sensible que tan bello programa no se realizáse siquiera una vez en el mundo.

—¿Pero no estais viendo—contestó

Santiago—que yo trato de realizarlo con vos ?

Ella se ruborizó mucho, y le dirigió una mirada en que juntamente se veía la timidez y cierta incomodidad.

—¿ Espero que no vais á asustaros ahora ? He puesto á vuestro hijo entre nosotros. Aunque yo quisiera ser más que un amigo para vos, no podría intentarlo sin deshonrarme ridículamente á vuestros ojos y á los míos..... Sería un verdadero hipócrita..... Ya comprenderéis que es imposible.

—A Dios gracias—exclamó Juana—pero lo que temo mucho, que es tambien imposible, es que la amistad baste para llenar la vida de un hombre..... Yo me reconozco cruelmente egoista, aceptando por tan poco, todo vuestro corazon y todo vuestro porvenir.

—Señora—replicó él alegremente—no me compadezcáis, porque os aseguro que no soy desgraciado..... Siento en mi alma cierto misticismo. En otros tiempos yo hu-

biera sido de aquellos que, despues de algunas tormentas en la juventud, se refugiaban en las celdas de un claustro, ó en los desiertos de Port-Royal; y ciertamente que ellos no encontraban el encanto de una amistad como la vuestra..... Os aseguro con toda formalidad, que vos sois mi refugio y mi salud. Hay por todas partes un verdadero desbordamiento de materia que yo he podido aceptar hasta aquí, pero del cual estoy al fin saciado.... Vivía yo como sumergido en el fango que ahora me inspira repugnancia..... En resúmen, estoy hambriento de un ideal elevado y áun austero, que encuentro tan sólo en este sentimiento que me atrae á vos; porque este sentimiento, que es el amor, mucho lo temo, es tambien una religion. Estad, pues, tranquila. Sobre todo, sed dichosa. Amadme un poco, y no hablemos más del asunto..... Voy á leeros una página de vuestra querido Tennyson, el más casto de los poetas. Es una lectura muy propia del momento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Otra noche, algunos meses más tarde, era ella la que le tranquilizaba. Juana debía partir al día siguiente para pasar una temporada en Dieppe con su madre y su hijo. Monsieur de Lerne había venido á despedirse. Aunque la separacion debía ser corta, no podia la jóven defenderse de cierta emocion y desfallecimiento. Temerosa quizá de mostrarse más tierna de lo que deseaba, llevó aquella noche la reserva hasta la frialdad. Monsieur de Lerne, sorprendido de su actitud fria, y en cierto modo llena de embarazo, se sintió á su vez contrariado y estuvo silencioso. No tardó mucho en levantarse para despedirse. Al darle la mano, ella sorprendió en su mirada una expresion singular de inquietud y desconfianza.

—Apuesto á que adivino vuestro pensamiento —dijo la jóven sonriendo.

—¡ Es posible !

—Os preguntais si seré yo capaz de deciros tambien, como lo hizo aquella dama: ¡ Adios, imbécil !

—Sí, os lo confieso..... Y realmente,

tendriais razon para hacerlo, porque los dos somos muy locos. ¡ Mucho lo temo !

—¡ Ah, desgraciado ! —replicó Juana —no digais eso..... Vos mismo no lo pensais así.... ¡ Os estoy, por el contrario, tan agradecida !.... ¡ Me haceis tan feliz, amigo mio ! Mirad, voy á deciros una cosa que me parece que no ha de sorprenderos mucho..... pero, en fin, que tengo verdadera satisfaccion en decirla..... ¡ Vos me habeis salvado ! ¡ sin vuestro auxilio yo estaba perdida ! Y ahora, sería muy doloroso que me perdiera con vos.... ¡ Ay, amigo mio ! caeriamos de tanta altura ! Pensadlo bien: ¡ seriamos cien veces más culpables que los demas !.... Seriamos viles, ¿ no es verdad ? Quedemos, pues, siendo lo que somos..... Yo os amaré, os estimaré, os bendeciré, querido amigo, con toda la sinceridad de mi corazón..... Y ahora, adios, mi querido imbécil. No dejéis de escribirme.

Así era como se confortaban y realzaban mutuamente sus propios sentimientos, cuando se sentian desfallecer.

Preocupada de dar á sus relaciones un carácter más noble y elevado, la jóven habia rogado á Santiago que le trazára una especie de plan general de estudios, y que le escogiera sus lecturas. Era — decia — para que no se fastidiase mucho á su lado. Santiago pasó el tiempo de su ausencia formándole una biblioteca en que los escritores del siglo xvii ocupaban el puesto de honor, entre las obras de crítica moderna, y numerosas colecciones de memorias históricas. Este fué el objeto de su correspondencia durante el tiempo que Juana estuvo en Dieppe. Despues de su vuelta, se arrojó con ardor sobre su biblioteca, y desde entónces hubo entre ella y Santiago un lazo más, el que une al discípulo con el maestro; porque M. de Lerne, que tenia bastante instruccion, era para ella un guía y un comentador lleno de gusto. Desde ese momento, sus conversaciones, sus simpáticas preferencias, y áun sus discusiones sobre literatura é historia, añadieron nuevo interes á su tierna amistad.

## VIII.

Estas amistades reparadoras, que son el sueño de tantas mujeres desgraciadas en sus matrimonios, al ménos de las mejores, necesitan, para permanecer puras, nobles y elevados caracteres, y áun podria añadirse que circunstancias excepcionales como las que habian acercado á M. de Lerne y Mme. de Maurescamp. De todos modos, es una verdad que esos amores existen en el mundo, aunque el mundo no cree en ellos. El mundo no mira con gusto los méritos que sobresalen de la medida comun, que es la suya; y por otra parte, los amores inocentes, desdeñando toda hipocresía, se ocultan ménos que los demas, y dan pábulo á la maledicencia. No debe, pues, sorprender mucho que el público juzgase con su ordinario escepticismo y grosería las delicadas relaciones que se ha-

bian establecido entre Juana y su amigo.

Por otra parte, si algun hombre habia que fuese más que los otros, incapaz de sentir delicadezas de ese género, era el Barón de Maurescamp. Aunque era muy celoso, más por vanidad que por amor á su mujer, no se le ocurrió jamas desconfiar de su amigo M. de Monthelin, que, sin embargo, habia estado tan á punto de arrebatarle la honra; pero en cambio, con el tacto exquisito y habitual de su cofradía, no dejó fijar los ojos alarmados en las relaciones intachables de su mujer con el Conde de Lerne. Detestaba instintivamente á Santiago, que bajo tantos aspectos le era superior; muchas veces le habia tenido por rival, y por rival afortunado, en las regiones de la galantería, donde la distincion de las maneras y la elevacion de sentimientos conservan todavía su prestigio. Monsieur de Maurescamp juzgó muy duro aceptar la rivalidad de aquel hombre hasta en su interior conyugal; y preciso es convenir en que, si no hubiera sido él mismo

el más torpe y el más culpable de los maridos, su susceptibilidad en aquella ocasion no hubiera dejado de ser muy excusable.

Juana habia notado más de una vez el mal humor que manifestaba su marido con motivo de las atenciones de M. de Lerne para con ella; pero, satisfecha de su inocencia, habíase inquietado poco de aquello. Sin embargo, durante su permanencia en Dieppe, le dió muchas veces á leer las cartas que recibia de Santiago, como para tranquilizar su espíritu, haciéndole ver el carácter puramente amistoso de sus relaciones. Para convencerlo mejor, ingeniábase ella tambien algunas veces, aunque haciéndose violencia, para hacerle permanecer en su salon, entre ella y Santiago, quitando así á sus hábitos de intimidad toda apariencia de misterio. Mas no consiguió, á pesar de todas esas precauciones y cuidados, el resultado que se proponia. Monsieur de Maurescamp, como era natural, encontrábase poco á gusto, y podria decirse que estaba entre ellos fuera

de su centro ; sentíase humillado é irritado del papel inferior que representaba allí; encogíase de hombros, decía alguna burla grosera y denigrante, y se iba. Pero la verdad tiene tanta fuerza que él mismo se sentía inclinado á creer que su trato era, en efecto, puramente sentimental é intelectual. No por esto conservaba, sin embargo, ménos ódio contra M. de Lerne ; y ese ódio, violento y oculto, no esperaba más que una ocasion para revelarse.

Por desgracia, la ocasion no debia tardar en presentársele.

Monsieur de Maurescamp, como ya hemos dicho, estaba desde hacía un año próximamente en relaciones amorosas con Diana Grey, la jóven americana, artista ecuestre que estaba entónces muy á la moda en París. Esta criatura, hija de un acróbata de baja ralea, y criada en el fango, tenía la belleza fresca y pura del lirio. Pálida, delgada, elegante, de una perfeccion verdaderamente plástica, de una depravacion refinada, á la cual se unia cierta fero-

cidad anglo-sajona, habia conseguido, por la reunion de todas estas cualidades, dominar completamente al Baron de Maurescamp. Háiale inspirado uno de esos amores terribles y serviles, que son en su general un triste privilegio de la vejez, pero que algunas veces los jóvenes saciados lo sufren tambien por un anticipo de herencia. La jóven habia empezado conquistándole por su belleza, y sobre todo por su boga, y acabó de subyugarlo, torturándolo con sus caprichos fantásticos y sus desórdenes. Hay hombres á quienes como á la mujer de Sganarelle, les gusta que les peguen, y por lo visto, M. de Maurescamp era uno de ellos, y la graciosa americana se encargó de complacerlo. Si á Diana Grey se le hubiera antojado, hubiérale hecho pasar á escobazos por uno de esos aros de papel que ella atravesaba todas las noches en los ejercicios del circo; pero ella prefirió que la regaláran un precioso hotel en la ayenida del Bois de Boulogne, y todo lo demas necesario para vi-

vir en él con lujo. Mediante esta compensacion, ella accedió, al espirar su contrato, á renunciar á la carrera artística, colmando de ese modo los votos de M. de Maurescamp.

En los primeros dias de Abril de 1877, aquella jóven singular tuvo el capricho de dar á conocer su hotel, invitando algunos amigos á un almuerzo. Ella misma hizo la lista de los convidados, y con gran disgusto de M. de Maurescamp, escribió en esa lista el nombre del Conde de Lerne, á quien apénas conocia, pero del cual habia oído hablar mucho; porque el Conde habia dejado en la alta bohemia parisien una gran reputacion de compañero alegre y de hombre galante. Santiago habia roto definitivamente sus relaciones con aquella sociedad de que Diana Grey era una de las más brillantes estrellas; pero temió, y muy sin razon, disgustar á M. de Maurescamp si rehusaba la invitacion de su querida, y aceptó.

Diana Grey colocó á M. de Lerne á su

derecha, y desde el principio del almuerzo ocupóse de él con marcada predileccion. Santiago hablaba perfectamente el inglés, y la jóven parecia complacerse en hablar con él esa lengua, que M. de Maurescamp no conocia. En tanto, como le era posible hacerlo sin grosería, Santiago trataba de sustraerse á las atenciones y á la amabilidad excesiva de su vecina, procurando siempre sostener en frances la conversacion; pero resueltamente ella no lo deseaba así y continuaba hablándole en inglés, bebiendo á su salud las copas llenas de *pale-ale*, que alternaban entre las copas del *oportó*. Al propio tiempo, la americana lanzaba miradas desdeñosas y provocativas á M. de Maurescamp, que ocupaba frente á ellos el centro de la mesa, y que mostraba á las claras su descontento. Las mujeres de la especie de Diana Grey suelen usar de estas feroces represalias contra los hombres que las compran.

El almuerzo fué un poco frio. Sólo la dueña de la casa parecia divertirse con



franqueza. Santiago de Lerne, deseoso de sustraerse á aquella situacion enojosa, tomó pretexto de una cita de negocios, y se retiró en cuanto acabaron de almorzar.

Diana Grey, así que le vió salir, encendió un cigarrillo, y dejándose caer sobre un divan, continuó saboreando su fruto. Apercibióse entónces de que M. de Maurescamp la miraba, y para arreglar las cosas, le dijo en voz alta con su acento extranjero:

—Querido mio, ¿sabeis que es muy simpático el amante de vuestra mujer..... y que estoy un poco encaprichada por él?

—¿Estais borracha, Diana?— le dijo monsieur de Maurescamp, que se puso súbitamente muy encendido.—¡Estais borracha y olvidais de quién estais hablando!

—¿Por qué? ¿porque hablo de vuestra mujer?..... Y entónces, ¿para qué me hablais vos mismo de ella, amigo mio?..... Me habeis dicho que es un pedazo de hielo..... ¡hielo..... sí..... y vosotros creéis eso, pobres tontos!..... Es cosa muy graciosa

eso de que todos los maridos crean que sus mujeres son de hielo..... Mientras que nosotras, nosotras sabemos lo contrario..... por sus amantes.

Y la jóven continuó echando tranquilamente, por entre sus labios de rosa, ligeras bocanadas de humo hácia el techo.

—Está completamente borracha— dijo á M. de Maurescamp uno de los convidados.— Es lástima que tenga este defecto... porque sin eso, sería perfecta.

Una hora despues, cuando todo el mundo se hubo retirado, Diana Grey confesó secretamente á M. de Maurescamp que ella estaba efectivamente borracha, y que por consiguiente, todo lo que habia dicho y nada, era una misma cosa; despues de lo cual pidió y obtuvo su perdon.

Pero Mme. de Maurescamp no fué perdonada. Hacía mucho tiempo ya que su marido habia dejado de amarla, y tambien que habia empezado á odiarla. Porque en esos matrimonios desiguales, raras veces las disensiones acaban en indiferencia. Las

odiosas y cínicas palabras dichas públicamente por Diana Grey eran, por lo demas, muy propias para exasperar á M. de Maurescamp. Sin tener gran imaginacion, tenía la suficiente para representarse á su esposa, de quien él no habia conocido más que una frialdad desdeñosa, abandonándose con otro á los más vivos trasportes de la pasion, y esta imágen, que hubiera sido desagradable para cualquiera, lo era en grado supremo para un hombre tan vanidoso, tan altivo, tan mimado y tan sanguíneo como lo era el Baron de Maurescamp. No se le ocurrió pensar que podía ser injusto hacer depender el reposo, el honor y la vida de su mujer de las charlatanerías de su querida despues de beber. Desbordáronse en su corazon los sentimientos de despecho, de celos y de ódio que durante tanto tiempo se habian ido allí acumulando contra su mujer y contra Santiago de Lerne, y resolvió poner fin á sus relaciones vengándose á un mismo tiempo de los dos.

La ocasion para un duelo con Santiago le pareció singularmente oportuna ; los incidentes del almuerzo podian darle para ese duelo un pretexto especioso que tendría la doble ventaja de dejar el nombre de Mme. de Maurescamp fuera de la querrela, y la de asegurarle la eleccion de armas. Manejaba notablemente la espada, y aunque era hombre de valor, no estaba muy dispuesto á despreciar esa ventaja.

## IX.

El Baron descendió por la avenida de los Campos Elíseos, turbia la mirada, y con un cigarro apagado en la boca. Veinte minutos despues entraba en el círculo y encontraba allí á alguno de sus convidados de la mañana ; entre otros á M. de Monthelin y á M. d'Hermany, con quienes se encerró en un gabinete particular. Díjoles confidencialmente que se conside-